

vió Eliseo el inflamado carro de los ángeles, cuyo resplandor daba aliento á sus fuerzas.

Despiértase para la vida eterna la hija de Jefté⁴, como rosa temprana al suave calor del sol de primavera; y con el dulcísimo acento de su voz une su angel custodio los sonidos de su arpa celestial, estendiéndose los cantos de la joven resucitada por el espacio infinito en alas de la celeste armonía.

Los siete heroes del pueblo de Dios y su noble madre² yacen en una sombría caverna, próxima á Jerusalem. En ella fueron depositados por uno de sus valerosos amigos quien, despues de haber cumplido aquella piadosa obligacion, fué él mismo á denunciarse al feroz tirano, queriendo ser par-

⁴ Jefté, noveno juez de Israel, habiendo ofrecido á Dios que inmolaria en holocausto á la primera persona que encontrase al regresar á su pais si lograba vencer á los Ammonitas, inmoló en cumplimiento de aquel voto á su hija única. (Jueces, cap. XI.) — T. F.

² El año 170 antes de Jesucristo, Antioco Epifano, rey de Siria, conquistó á Jerusalem cometiendo en ella inauditas crueldades con los Judíos que no quisieron apartarse de la ley de Moises. Opusiéronle los Macabeos, celebérrimos heroes de Israel, una resistencia enérgica, pero que solo sirvió para aumentar la ferocidad del tirano. Basta lo que refiere el cap. VI del libro segundo de los Macabeos, sobre el martirio de estos, para dar idea de la crueldad de Antioco. Negáronse los desdichados jóvenes á comer carne de cerdo, y mandólos el rey desollar y quemar vivos á todos delante de su madre, quien tuvo la increíble serenidad de presenciar el horrible suplicio, exhortándolos á sufrirlo valerosamente. Murió aquella heroica muger la última y sin proferir un lamento. — T. F.

ticipante de la gloria de los mártires por la fe de sus abuelos y la independencia de su pais. Desde entonces, muchas veces han descansado en aquella caverna los caminantes; y acaso mas de una han ido la desgracia y la piedad sincera á ocultar en ella sus lágrimas y ardientes oraciones. Cuantos pasan cerca de la sagrada bóveda, siéntense penetrados de santo respeto, porque todos saben los venerandos restos que en su seno encierra.

Postrada en el fondo del sepulcro, Tirza, la madre de los siete mártires, da gracias al divino Mediador por haberla juzgado digna de morir por él, cuando aun no se mostraba á sus elegidos mas que al través del misterioso velo de las profecías. Mientras así oraba con piadoso ardor, atravesaron el arroyo que corre delante de la caverna el joven Sémida y uno de aquellos pastores de Belen que adoraron al niño, cuyo nacimiento celebró el coro angélico. Estenuados de cansancio, y abrumados con el dolor que les causa la muerte de Jesus, siéntanse entrambos á la entrada del sepulcro, y despues de dar libre curso á las lágrimas, hasta entonces contenidas, dijo el pastor al huérfano de Naim :

« No te hablaré, caro Sémida, del divino Profeta que no ha mucho te resucitó, porque no quiero desgarrar tu corazon : pero dime porque el aspecto de esta caverna me causa santo terror. De la mis-

ma manera me estremecí cuando al través de sus nebulosos velos ví á los inmortales que protegían la cuna del niño de Belén. »

« ¿Qué me preguntas, ó Jetro? ¿Ignoras, pues, quienes son los que en esa tumba descansan? También de mí se ha apoderado un temor religioso. »

Y dominado por un sentimiento irresistible penetra en las húmedas bóvedas y esclama en voz alta :

« Nobles víctimas cuyas cenizas aquí reposan, adorad con nosotros al Profeta que acaba de morir: divina fué su vida y aun mas divina su muerte. Su nombre debe seros conocido, los ángeles le pronunciaron antes de que él naciese. Resucitará.....

¿Porqué nos inspiran estos lugares donde reposais, ó santos mártires, piadoso temor? Como nosotros fuisteis creados para la inmortalidad, sufrid pues que os dé el dulce nombre de hermanos. Cuando nos reunamos en mejor vida, acordaos de que os hemos amado en la tierra y muevaos ese recuerdo á recibirnos como hermanos. »

Diciendo así continuó su camino y siguióle el pastor.

Mas la noble madre de los siete mártires, que ha oído la dulce voz del huérfano de Naim los sigue con la vista y dice mentalmente á sus hijos :

« ¡Porqué se aparta de nosotros, ó hijos míos! Le amo á él y amo á su anciano compañero porque

son dos almas llenas de inocencia y de candor. No somos nosotros los que les hemos inspirado espanto; el Eterno sin duda es quien los ha atemorizado... el Señor sea con ellos sirviéndoles de Norte en el laberinto de la tierra; y nosotros, cuando resuciten á la vida eterna, les saldremos al encuentro. »

Cuando Tirza cesó de hablar ya los espíritus de sus hijos se habían aletargado; mas su sueño es un éstasis santo que les hace brillar con sobrenatural resplandor. De los labios de los dos mayores salen palabras vagas y dulces como el lejano son de las arpas celestiales; y el tercero conserva aun bastante fuerza para explicar lo que experimenta :

« Ya se acerca, dice, el día mas grande de los días; sus primeros albores lucen en las tinieblas: brama el trueno, tiembla el Gólgota, la cruz se inclina. »

Y, no pudiendo resistirse al sueño, cayó al lado de sus hermanos. Solo Jedidot, el mas joven de los siete mártires, lucha aun contra el irresistible poder que turba sus pensamientos :

« Angeles tutelares, y vosotros seráfines, hablad, ¿en donde estoy? ¿Ha vuelto el Mesías á ocupar su asiento en el trono de su padre?... Sus llagas resplandecen... sobre Jerusalem brilla celestial aureola.... »

Así dice y se duerme. Contemplando Tirza á sus hijos con estremada sorpresa esclama :

« Los habitantes de la tierra están solos sometidos al imperio del sueño, y sin embargo duermen las almas de esos mártires que ya han vivido en la eternidad... Tal vez deben pasar los inmortales en ese letargo las santas horas durante las cuales descanse el cadaver del Mesías en el Sepulcro. »

Su vista se oscurece, sus pensamientos se turban y casi al mismo instante se despierta en todo el resplandor de la resurreccion. Sonriese con ella, como pudiera con una amada hermana, su angel custodio; y Tirza no pudiendo esplicar la felicidad de su trasformacion lanzó un grito de alegría y de gratitud, y se postró al lado de sus hijos que salian del polvo de sus huesos tan bellos y resplandecientes, como se levanta la llama sobre las negras cenizas de una hoguera. Ve como levantan sus brazos al firmamento, oye como dan gracias á Dios por haberlos creado segunda vez, y comprende en fin toda la felicidad que al corazon de una madre puede darle el cielo.

Una misma tumba recibió en otro tiempo á cuatro fieles amigos cuyas almas volaban entonces sobre el cerro que oculta sus cenizas. Darda¹, que

¹ Darda, Eihan, Heman y Chalkok fueron de los primeros levitas establecidos por David para cantar la gloria del Eterno en el taber-

murió el último, dirige estas dulces palabras á sus tres compañeros :

« ¡ Bendigamos el Eterno que nos hizo dignos de envidia; juntos hemos caminado en nuestra peregrinacion por la tierra, una misma tumba nos ha reunido, y en la eternidad nos hemos encontrado! Ethan nos dejó el primero y llorámosle. Poco tardó en seguirle Heman, y entonces dijimos Chalkok y yo: « ha ido á encontrar á nuestro hermano, pronto nos llamará á nosotros. » Mas cuando Chalkok cerró los ojos en mis brazos, cuando me ví solo en la tierra, mis ojos bañados en lágrimas continuamente se alzaban á los cielos buscando á mis fieles amigos... Ví á Salomon bajar á la regia tumba donde David reposaba, y llegó por fin para mí el último sueño... ¡ Al despertarme os encontré!... Ahora aguardan nuestros mortales restos el momento de la resurreccion. ¡ Grande será nuestra felicidad en aquel instante sublime, porque ya es una dicha desearlo y esperarlo! »

Dice y añade Heman :

« ¿ Será demasiado esperar de tu clemencia, divino Mediador, creer que contigo hemos de resucitar? Resucitarás antes que la destruccion se apo-

náculo del arca santa. (Paralipomenon, lib. I, cap. 15.) La amistad de estos cuatro levitas es ficcion del poeta, porque en la Escritura solo se hallan sus nombres. — T. F.

dere del cuerpo con que en la tierra te has revestido, porque habitando en él lo has santificado y ya es inmortal como tú. ¡Dígnate escuchar mis humildes votos, haz que empiece la cosecha de la eternidad, haz que el imperceptible germen que yace en el polvo se desarrolle en abundantes espigas bajo la sombra de tu cruz! »

Entonces le interrumpió Chalkok apresuradamente con voz estremecida por la sorpresa y la felicidad :

« ¡El polvo de Heman se trasforma; ved, ó amigos míos, como brilla con celestial resplandor! »

Y vencido á su vez por el sueño de la resurrección perdió por un instante el sentimiento de su existencia: mas al despertarse vió que los huesos de Ethan y de Darda se animaban trasformándose; y los cuatro fieles amigos enlazan sus brazos, confunden sus rayos, unen sus voces y vuelan á las nubes cantando la gloria del Salvador. En los sepulcros de Jerusalem yace la profetisa Ana¹, que tuvo la felicidad de ver al niño de Belen cuando por vez primera le llevaron sus padres al templo,

¹ Ana, que tenía ochenta años cuando nació Cristo, se hallaba en el templo en el instante en que á él llevaron al Mesías para circuncindarlo: conoció desde luego al Salvador del mundo, y dijo á todos los circunstantes quien era. (Evang. de S. Lucas, cap. II.) — T. F.

donde mas tarde su precoz sabiduría dió á entender que su naturaleza era divina. Cuando huyó el niño á Egipto bajó Ana á la tumba de donde ahora sale animada con nueva vida para dirigirse al Gólgota, y allí con los brazos tendidos á la cruz, cargada aun con el cadaver del Mesías, esclama :

« ¡Has muerto, y tú eres quien me resucitas! Sí, tú eres quien antes del fin de los tiempos me has dado este cuerpo inmortal teñido en esa tu divina sangre, que traspasando la bóveda de los cielos ha impetrado el perdón de la especie humana. »

Dominado por su acerbo dolor separóse Joel de su padre en el valle de Getsemaní, para ir á llorar sobre la tumba de su hermano; y arrodillándose en efecto sobre la losa que cubre los restos del gracioso niño, con voz interrumpida por los sollozos, dice :

« ¡Benoni! ¡mi amado Benoni! ¡por tí derramo estas abrasadoras lágrimas, porque los ángeles tienen solos derecho para llorar al hombre divino que acaba de espirar en la cruz! »

Ahogado por las lágrimas dejó caer entonces su cabeza sobre la fria losa del sepulcro donde Benoni y su angel custodio se hallan de pié cerca de él; mas el primogénito de Sama no puede adivinar la presencia de los inmortales.

Tampoco los desdichados que sufren con piadosa resignación ven la mano de la Providencia,

que tendida sobre sus cabezas las inclina suavemente á la tumba donde les prepara eternas recompensas.

Joel, levantándose á medias, pronuncia estas palabras interrumpidas por los suspiros :

« ¡Me has dejado, caro Benoni, dulce flor que la tempestad arrancó antes que al matutino sol se abriese ! »

Y responde Benoni con voz que solos los inmortales oyen :

« Vivo, hermano mio : vivo en los cielos donde crezco á orillas del rio de la vida. »

El desdichado Joel continua sus lastimosas quejas :

« ¡Debil y anciano es nuestro padre, y jamas se consolará de tu muerte, ó mi Benoni ! ¡ Pronto dormirá tambien en la tumba, y entonces solo y abandonado, no me quedará mas consuelo que la muerte ! »

Volvióse Benoni á su angel custodio y le dijo :

« ¡Su dolor me destroza el alma ! ¡ Como llora !... ¡ Oh, te lo ruego, enjuga sus lágrimas ! »

Y responde el serafin :

« Solo cuando Dios nos lo manda podemos consolar las penas de los mortales. »

« ¡ Oh amado hermano mio ! (prosigue Joel) ¡ sea tranquilo tu sueño ! ¡ Lázaro se despertó de ese

sueño, pero entonces vivia aun el profeta que acaba de espirar en la cruz ! »

Pregunta Benoni al serafin si su hermano está condenado á padecer largo tiempo sobre la tierra, respóndele el angel suspirando que solo Dios conoce la hora de su muerte ; y Joel prosigue gimiendo sin ver ni oír á los inmortales que tanta y tan sincera parte toman en su dolor.

« Padre de todo cuanto existe, dice, inspírame la alta sabiduría que sabe guiarnos al través de los áridos desiertos de la vida, hasta la tierra de Promision. Debil y joven soy aun, y ya no tengo hermano : ¡ pronto me quedaré sin padre ! Asústame el porvenir que me espera... paréceme infinito... ¡ Ah ! ¡ dignate abreviarlo !... Alma de mi amado Benoni, si te hallaras próxima á tu tumba y vieses mis lágrimas, tú rogarias al Eterno que abreviase la duracion de una existencia que tiemblo ver prolongada. »

« ¿ No alcanzarán, exclamó Benoni, á conmoverte nuestras penas, á tí que eres nuestro angel custodio ? ¡ Ay de mí ! Siempre has sido inmortal, y no dejastes en los valles de la muerte un hermano que se aflija y llore por tí.

— « Comprendo tu dolor, caro Benoni. ¿ Cada vez que salimos de los cielos para ejecutar las órdenes del Omnipotente, crees que no sentimos separarnos tambien de nuestros hermanos ? »

Apoderóse entonces un sentimiento insólito del espíritu de Benoni.

« Mi tumba se estremece, exclamó. Levántase de ella mi hermano aterrado. Densas nubes me rodean.... ¡Dios de misericordia, no me aniquiles! »

Y debilitándose sucesivamente, su voz espiró como el eco de los montes, cuando repiten lejanos cantos; pero el divino aliento de la resurrección le reanima y le transforma; y con voz celestial esclama :

« ¡No me has aniquilado, Dios de misericordia! ¡Gloria á tí que me abrumas con tus beneficios! Espera, querido hermano : cuando disuelto tu ser corporeo, se reduzcan tus huesos á cenizas, resucitarás lleno de juventud y belleza en mis brazos, y para no volver á morir nunca. »

Y Joel que solo ha visto de la maravilla que ante sus ojos se ha verificado lo que á un mortal era lícito ver, esplica así su terror y sorpresa :

« ¿ Habrá el dolor turbado mi razón, ó estoy condenado á las horribles visiones que fascinaban á mi desdichado padre, cuando estrelló á su hijo contra estas negras rocas? ¿ Será cierto que la losa que cubre los restos de mi amado hermano, acaba de levantarse? No, no, en paz duermen los destrozados huesos de mi Benoni... ¿ Qué veo?... ¡ mi padre!... ¡ Ah! sin duda me busca. »

En efecto Samma acaba de entrar en los sepulcros, y Benoni viéndole esclama :

« Cesa, noble anciano, de llorar por mí que soy uno de los bienaventurados : mira, ¡ vacía está mi tumba! »

Mas Samma ni oye ni ve mas que á aquel de sus hijos que aun habita la tierra.

« ¡ O mi Joel! dijo, al fin te encuentro despues de haberte buscado lleno de zozobra. Deja este lúgubre sitio donde he perdido á mi Benoni. ¡ Ven, único consuelo y sola esperanza que me resta! ¡ Bendígate el Eterno y consérvate para servir de apoyo á mi triste vejez! »

Cuando acabó de hablar, salieron entrambos de los sepulcros, y Benoni exclamó :

« Bendígate el Eterno y envíete pronto á reunirme con tu hijo en los valles de paz y felicidad donde habita. »

Dichoso y satisfecho con haber visto nacer y crecer al Hombre-Dios, y haber adivinado que, bajo aquella forma se encubria la luz predestinada para iluminar á todos los pueblos de la tierra, durmió Simeon poco tiempo despues el sueño de los justos. Descansa su cuerpo bajo una bóveda sepulcral, y sobre la roca en que ese se abrió volaba su alma cuando la penetró un rayo celeste; porque á Simeon se le ha juzgado digno de renacer au-

tes del día de la resurrección de todos los muertos.

Camina lentamente por uno de los tortuosos senderos que atraviesan el húmedo polvo del torrente del Cedron, y guiado por un niño, un anciano ciego llamado Elkanan. Después de haber dado vuelta al monte de los Olivos, se aproximan á los sepulcros; suspira hondamente el anciano, y sus ojos, largo tiempo hace cerrados á la luz, se llenan de lágrimas. El niño que le guía, último resto de una familia sobre la cual ha descargado la muerte sus golpes sin piedad alguna, procura consolarle con sus dulces caricias, diciéndole :

« Buen anciano, ¿no puedo yo ya endulzar tus penas? ¡Oh! te lo suplico, no llores así.

« Llorar, responde el viejo, es lo único que pueden hacer mis apagados ojos... Habla, caro niño, ¿estamos aun lejos de la tumba de Simeon, mi amado hermano?

« Demos algunos pasos, padre mio, y podrás sentarte sobre la losa que cubre sus restos. »

Así que llegaron á pisar aquella losa, tocóla el viejo muchas veces, y dijo enternecido :

« Cubierta está de musgo... así la yedra se enlaza á las ruinas de los palacios destruidos... ¿Te admiras de oirme, amado Boa? ¡Ay de mí! tú que apenas entras en la vida, gozoso niño, no puedes comprender la pia satisfacción que se apodera de

mi alma, cuando me acerco al sepulcro en que tanto tiempo hace descansa la víctima de la muerte. Muchos años hace que Simeon duerme bajo esta losa sepulcral... En el mismo día que la suya hice cavar mi tumba, que aun vacía aguarda al pobre ciego que vive errante en medio de las tinieblas de la muerte. »

Y abrumado por el cansancio y el dolor, calla apoyándose en el hombro de Boa. Pero después de breves instantes vuelve á decir :

« Para tí, hijo mio, no se ha apagado la luz del sol, tú puedes contemplar sus resplandores en un sereno día, y en la callada noche la argentada claridad de la luna, y ver las nubes que anuncian la tempestad. Díme, ¿está sereno el cielo? Paréceme que una brisa embalsamada halaga mis arrugadas mejillas y juguetea entre mis canas.

« Puro está el cielo y sin nubes, respondió el niño; los prados y colinas cubiertos de flores; la primavera ha vuelto á parecer con sus tesoros. ¡Oh! ¡cuan bello día!

« Aquel que me aparte de la tierra, suspiró el anciano, será para mí el mas bello de todos, por mas oscuro y nebuloso que él sea.

« ¡Ay! dijo el espíritu de Simeon á su angel custodio; mi desdichado hermano no se siente con fuerzas para sobrevivir á Jesus. »

Y respondió el serafin :

« Todavía ignora el crimen con que acaba de mancharse el pueblo de Jerusalem. »

« ¡Ojalá que nunca lo sepa! porque el desdichado sucumbiría á su dolor. »

Sonrióse el angel con aire misterioso, y penetrando el soplo de la inmortalidad en los restos de Simeon, crugieron sus huesos moviéndose; trasformáronse sus cenizas, brillaron centelleando, y su espíritu sintió desvanecerse sus pensamientos sin esfuerzo alguno, como si en sus alas se los llevara la celeste armonía. Casi en el mismo instante se despierta el alma, ¡y Simeon ha resucitado!

En esto pasó rápidamente por delante de los sepulcros un extranjero que habia venido á Jerusalem para asistir á las fiestas de la Pascua, y el niño Boa, impulsado por la natural curiosidad de sus años, le pregunta por qué causa camina con tanta priesa.

« No me detengas, responde el extranjero; voy á buscar á mis gentes para contarles los prodigios de la muerte de que acabo de ser testigo.

« ¿De qué muerte? » exclamó el hermano de Simeon.

« ¿Pues qué, buen anciano, ignoras que los sacerdotes y los príncipes de Israel han hecho crucificar á Jesus, al hombre divino? »

Lanzó Elkanan un profundo suspiro de su pecho y perdió el sentido. Lleváronle á la otra orilla del

torrente el extranjero y el niño Boa; y aunque allí recobrando el sentido, les suplicó que volviesen á conducirle al sepulcro de su hermano, no atendieron á sus ruegos y le condujeron á Jerusalem.

« Sigámosle, dijo Simeon á su angel custodio; necesita de consuelos, va á morir. »

Y el angel responde :

« Vivirá para gozar de la alta recompensa que le prepara el Eterno, permitiéndote que te le aparezcas y le refieras la resurreccion del Salvador. »

El espíritu del Santo Bautista que vuela sobre su sepulcro, dice :

« Permanece inmóvil y duerme, polvo que fuiste mi cuerpo mortal; quiere el cordero inmolado, que cargó con los pecados del mundo que yo permanezca cerca de tí, mientras pesan las tinieblas de la muerte sobre sus sagrados restos. Para asistir á su triunfo, me llamará, y entonces os dejaré en esa tumba, secos huesos, que habeis de animaros cuando suene la trompeta del último de los dias. Vendrá ese postrero dia; ¡retumbará el metal sonoro! ¡Resurreccion! ¡cuan inefables deben ser tus gozos, pues que al pensar en tí se turban mis pensamientos! Una esperanza vaga y audaz sin duda me hace creer que el fin de los tiempos es ya llegado para mí. »

Brilló en el fondo de su sepulcro pura y suave

llama, y viéndola preguntó á su angel custodio :

« ¿Qué celeste vision es la que miro? ¡Ah! lo reconozco, es Benoni, el hijo de Samma. ¿Por qué brilla con el resplandor de un angel? ¿Será que haya resucitado?... Aproxímate : el batir de tus alas produce un sonido semejante al de las arpas del cielo. Responde, ¿eres Benoni? ¿ó algun otro niño, muerto hace poco en lejanas regiones? ¿Vienes á anunciarnos algun nuevo prodigio? »

Y responde Benoni :

« ¡O tú, á quien el Eterno ha bendecido desde que creó los orbes! óyeme, que en efecto te traigo un mensaje de felicidad. Mira : ¡el polvo de los muertos se anima! Oye : ¡el aliento de la resurreccion penetra en los sepulcros! Para los elegidos del Señor ha sonado la trompeta del juicio postrimero. He visto al Padre de los hombres, he visto á Henoc, he visto á Elias y he visto á Abrahan brillar como las estrellas del cielo ; he visto á Isaac revestido con un cuerpo de purpureas nubes ; he visto á Moises, á Job, á los siete mártires, y he caido en santo éstasis ; ahora te veo á tí que bautizaste al Salvador de todos nosotros. Fáltale á tu espíritu un nuevo cuerpo ; prepárate á gozar de las delicias de la resurreccion. »

Dice, y las cenizas de Juan el Precursor se agitan ; su cuerpo se trasforma, su polvo se purifica, y su alma pierde por un momento el sentimiento

de la existencia. Al despertarse habíase consumado la union del espíritu con la carne divinizada ; y el nuevo resucitado entonó un himno á la gloria de su creador.

A la sombra de las palmeras oí yo pronunciar los nombres de los resucitados que acabo de cantar ; á otros nombres se los llevó la brisa que se mecía entre las ramas... Ven á repetírmelos, musa de Sion, cuando suene la hora de las inspiraciones misteriosas y santas como tú.

